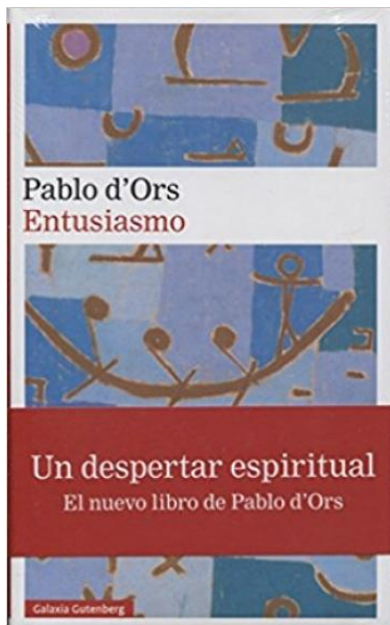


“Entusiasmo”. Carlo Pulsoni entrevista a Pablo d’Ors



Cada escritor siembra en el texto algunas señales lingüísticas que permiten entender su obra mejor. En tu caso, fue esencial para mí lo que escribes sobre el entusiasmo: «Pilar no se equivocaba en su apreciación: desde entonces hasta hoy el entusiasmo ha sido y es lo que principalmente me ha caracterizado. Claro que también soy melancólico, reflexivo, fantasioso...; pero sobre todo soy entusiasta: hay algo –Alguien- que puja dentro de mí, y todo lo que hago en la vida, todo sin excepción, busca únicamente dejarlo salir». ¿Cómo se combina tu *Entusiasmo* con un mundo definitivamente secularizado? Y, ¿a qué público se dirige?

Un novelista se dirige siempre al público lector de novelas. ¿Para quién escribía Balzac, Dickens, Dostoievski o Maupassant? Si quieres que te lea todo el mundo (que lee), debes escribir novelas, que es el género literario popular por definición. La poesía, en cambio, así como el ensayo, requieren de un lector muy específico. Leemos novelas quienes estamos interesados en la condición humana, en saber quiénes somos. De modo que, y lo digo con toda modestia, todos aquellos para quienes escribían y escriben los grandes novelistas clásicos y contemporáneos, son aquellos para quienes yo también escribo.

Entusiasmo puede leerse como la historia de un joven que escucha y obedece una llamada al sacerdocio católico, es obvio: esa es la lectura más evidente e inmediata; pero también puede leerse como las peripecias de la juventud en su tránsito hacia la vida adulta. La cuestión religiosa está claramente en un primer plano, algo que me resultaba narrativamente muy desafiante, pues apenas existe hoy algo que pueda llamarse “novela religiosa”. Ahora bien, el despertar espiritual que aquí relato, en el marco eclesial de la España de los años 80, es traspasable -o en eso al menos confío- a otros contextos sociales y existenciales. Una ficción sin pretensión universal deja de ser arte y se convierte en mero documento histórico. El mundo secularizado contemporáneo, por otra parte, está probablemente muy necesitado de alguien que le recuerde que nacimos para buscar el fuego.

Al leer las primeras páginas del libro en el que hablas sobre tu encuentro con Dios en la Creación, recordé los versículos de 1 Reyes 19: 11-13: «Como heraldo del Señor vino un viento recio, tan violento que partió las montañas e hizo añicos las rocas; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento hubo un terremoto, pero el Señor tampoco estaba en el

terremoto. Tras el terremoto vino un fuego, pero el Señor tampoco estaba en el fuego. Y después del fuego vino un suave murmullo. Cuando Elías lo oyó, se cubrió el rostro con el manto y, saliendo, se puso a la entrada de la cueva. Entonces oyó una voz que le dijo —¿Qué haces aquí, Elías?». La hipótesis me parece respaldada por lo que escribes: «La atmósfera que reinaba era trémula y tuve la impresión de que, si afinaba el oído, podría oír algo que por el momento se me escapaba. ¿Eres Tú? -dije al fin.No sé cómo se me ocurrió, pero en mi mente había empezado a hablar con Dios. No aguardé su respuesta.- ¿Eres Tú! -exclamé». Independientemente del acierto de mi suposición, ¿qué papel tienen los textos sagrados en tu escritura?

Los escritores occidentales hemos de vérnoslas, al menos alguna vez, con ese texto fundacional de la cultura judeocristiana que es la sagrada Biblia. Yo no he sido un lector particularmente aficionado a las sagradas Escrituras, lo confieso. Sólo desde hace 3 o 4 años las leo sistemáticamente, con verdadero interés personal, no simplemente técnico y litúrgico. Es difícil hablar o escribir sobre Dios sin tener en cuenta lo que se ha hablado o escrito sobre Él en el pasado. Pero, en cualquier caso, el libro que me ha servido como referente a la hora de escribir este *Entusiasmo* mío ha sido *La montaña de los siete círculos*, de mi admirado Thomas Merton, quien también narra su vocación religiosa y su abandono del mundo. Eso era algo que la prosa narrativa no afrontaba desde hacía más de medio siglo y *Entusiasmo* - más allá de su calidad literaria- cubre esa laguna. Es muy difícil hacer literatura sobre la experiencia espiritual y no derivar en una novela psicológica, sociológica, histórica o, incluso, esotérica. Modestamente, creo que lo consigo; y que *Entusiasmo* podría leerse como se lee, por dar un ejemplo cualquiera, el famoso *Siddharta*, de Hesse.

Además de los textos sagrados, tu escritura refleja el profundo conocimiento de muchos grandes escritores, entre otros, especialmente, Hermann Hesse, a quien mencionas explícitamente varias veces, hasta el punto de crear una especie de paralelismo entre su última obra y tu entusiasmo: «El juego de los abalorios fue la última novela que Hesse escribió y, sin duda, su obra cumbre y más ambiciosa: aquella en la que se empeñó -como yo mismo para este *Entusiasmo*- durante más de una década». ¿Cómo te relacionas con los autores de tu canon cuando empiezas a escribir una novela? ¿Alguna vez has temido imitar a alguien demasiado?

Mi abuelo, el crítico de arte y ensayista Eugeni d'Ors, escribió que todo lo que no es tradición, es plagio. Mi primera obra de ficción, *El estreno*, es una colección de cuentos en que rindo homenaje explícito a todos los autores de mi canon personal: Kafka, Kundera, Pessoa Thomas Mann, Székely...; al hacerlo, declaraba explícitamente la estela centroeuropea en la que mi literatura pretendía moverse. En realidad, reescribimos a los autores que nos gustan. La literatura nace de la literatura misma, no de la vida, como algunos pretenden. Escribir es la otra cara de leer. La imitación es la mejor escuela para el aprendizaje y, por tanto, para el hallazgo de una voz propia. Yo nací como escritor público en el 2000 con una voz bastante propia; pero esa voz la he ido depurando, desde luego, y hoy sé bien quién soy y dónde estoy como narrador. Eso es algo muy importante, nos ahorra esfuerzos vanos. Por supuesto que siempre podemos descubrir nuevos horizontes, pero la gran cuestión para un novelista es siempre sobre qué escribir, dado que son muchísimos los temas posibles que a uno, teóricamente al menos, pueden interesarle. La cuestión no es, simplemente, escribir lo que quieras, sino lo que quiera escribirse por medio tuyo.

En tu *Entusiasmo*, es encomiable que no ocultes ninguna experiencia que en tu perspectiva actual consideras negativas: la masturbación, el Opus Dei, etc. ¿Fue una elección meditada o

simplemnte forma parte de la premisa de que se trata de un “libro de ficción”? Pero, ¿puede un sacerdote expresar su Entusiasmo en una obra de fantasía, aunque cree que “la fantasía no es menos cierta que la historia”?

Lo mejor que puede hacer un sacerdote es no ser sólo sacerdote, al igual que lo mejor que puede hacer una madre es no ser sólo madre: una madre que sólo fuera madre, ahogaría a sus hijos; un sacerdote que sólo fuera sacerdote, ahogaría a sus feligreses (¡lo que no significa que muchos estarían felices de ser ahogados!). Yo soy escritor y sacerdote, ese fue el orden en el que descubrí mis vocaciones. Me ha costado la vida entera descubrir que no son dos, sino una sola, lo que no significa que cada uno de estos oficios, tanto el religiosa como el literari, no tenga sus propias reglas de juego. Cuando yo rezo, no intento que mis oraciones sean bonitas o emocionantes; pero cuando escribo, tampoco trato de edificar al pueblo de Dios o hacer catequesis. A todo escritor, sacerdote o no, sólo se le puede y debe pedir que escriba, lo más expresivamente que sepa, aquello que lleva dentro. Eso es todo. Por lo que se refiere a la ficción, sólo puedo decir que es otra forma, a menudo la más realista, para contar la realidad.

Espero no equivocarme, pero, en mi opinión, el hipotexto que subyace a toda la narración son las Confesiones de Agustín. Como en su caso, tú también te detienes a contar tu vida antes de la conversión, las personas a través de las cuales has decidido tomar ciertas decisiones, la experiencia de la vivencia cotidiana de la fe y, en todo esto, insertas tus consideraciones filosóficas como en en el caso de tu modelo ilustre.

San Agustín es, probablemente, el mejor escritor de la historia de la cristiandad. Tenía un talento literario y artístico enorme, además de una inteligencia privilegiada y de una importantísima misión eclesial. Poner mi obra en relación a la suya es para mí como vincular mi mundo religioso con el de Charles de Foucauld o el de Mahatma Gandhi, dos figuras que admiro muchísimo, o como relacionarme, en el ámbito literario, con John Williams, el autor de *Stoner*, o con Stefan Zweig, a quienes no me canso de releer. Pero sí, mi *Entusiasmo* es una suerte de confesiones “agustinianas”. Espero que su lectura conmueva el corazón de algunos de mis lectores y, ciertamente, que nadie termine de leer estas páginas igual que las ha comenzado.